

## EL PROBLEMA SINÓPTICO

(Continuación) <sup>(1)</sup>

### 5.— *El testimonio de Papías: ¿quién es, por fin, el Presbítero Juan, fiador de Papías?*

En la exposición del testimonio de Papías sobre los Evangelistas Marcos y Mateo, nos hemos detenido en la conclusión disyuntiva de que Juan, fiador de Papías, era discípulo inmediato o del mismo Jesús, o, cuando menos, de sus discípulos inmediatos. Pero ¿se puede precisar todavía más la posición de Juan entre los grandes transmisores de las tradiciones apostólicas? Harnack escribe que haciendo Papías en el primero de sus testimonios recitados por Eusebio en H E 3,39 dos listas de «discípulos del Señor» y colocando en la primera siete, todos Apóstoles, esto es, discípulos inmediatos de Jesús, es obvio concluir que por lo mismo los nombrados en la segunda, Aristión y Juan, no son ya discípulos inmediatos; y que así el fundamento de la distinción entre discípulos y discípulos en ambas series podría ser que los de la segunda designarían sencillamente «cristianos antiguos» de las primeras generaciones, que procedentes de Palestina, por esta más estrecha relación con Jesús eran llamados «discípulos suyos»: así parece insinuarlo, añade el erudito Profesor, la diversidad de tiempo y lugar significados por los verbos εἴπον y λέγουσι con los que Papías expresa las enseñanzas respectivas de los discípulos en ambas series. (Chron. der altchristl. Liter. I,660.) No muy desemejante al de Harnack es el juicio de Eusebio cuando, recitado el mismo testimonio, dice que en él da a entender Papías no haber sido discípulo de los Apóstoles, sino de discípulos de los mismos. Estas observaciones, sobre todo la de Harnack, tienden a restar valor al testimonio del Obispo de Hierápolis sobre los Evangelios de Marcos y Mateo, para poder concluir, o

---

(1) V. t. 7<sup>1</sup>, p. 42, y 7<sup>2</sup>, p. 44.

que el escrito atribuido por Papías a Mateo es, en sentir del Obispo de Hierápolis, un escrito distinto de nuestro primer Evangelio, o que si habla de éste, su testimonio no representa una tradición pura y verídica. Veamos, pues, qué es lo que un examen atento del testimonio de Papías nos dice sobre el puesto que en la escala de los testigos de la tradición apostólica corresponde a Juan el Presbítero. Ante todo, que Papías trató familiarmente con discípulos inmediatos de los Apóstoles, es imposible ponerse en duda: de los labios de esos discípulos oyó mucho de lo que en sus Exégesis consignó como transmitido inmediatamente a ellos por Pedro, Tomás, Santiago, Felipe, Mateo, Juan y Andrés; y así no es posible retrasar las fuentes de Papías a la tercera generación. El fundamento señalado por Harnack a la distinción entre los discípulos de la primera y segunda serie, es insubstancial; porque como lo viene a reconocer el mismo docto Profesor, el miembro *καὶ τις ἔτερος..... κυρίου μαθητῶν* pierde su sentido natural si, además de los siete nombrados en la primera serie, no reconoce Papías otros «discípulos inmediatos» del Señor, con cuyos familiares pudo tratar como con los de los siete primeros. El partitivo *τις ἔτερος..... τῶν μαθητῶν* «y algún otro o algunos otros de los discípulos del Señor», se mantiene dentro de la categoría misma a que pertenecen los siete, según la característica bajo la que los presenta Papías de «discípulos que habían recibido de boca de la verdad misma sus oráculos»; y así, por este lado, es decir, por ser clasificados en lista distinta Aristión y Juan, no hay derecho a excluirlos de la categoría de «discípulos inmediatos».

Es menester advertir con cuidado no ser necesario que los discípulos significados en el miembro *καὶ τις ἔτερος*, aunque discípulos inmediatos, sean Apóstoles, como «los siete»: basta que, como ellos, hubieran «recibido de la verdad misma sus mandatos»; y el Evangelio nos informa de que además de los Doce tuvo Jesús otros discípulos inmediatos, que tuvieron parte como aquéllos en sus enseñanzas personales. Un análisis diligente del testimonio de Papías puede conducirnos a conclusiones todavía más precisas; y a esa investigación nos invita, y aun nos obliga, el tenor mismo de sus expresiones que, evidentemente, distinguen a Juan y Aristión de los discípulos de los Apóstoles, colocándolos por encima de ellos. El pasaje, traducido fielmente del griego al latín, es como sigue: «Non cunctabor etiam quaecumque, a praesbyteris profecta, olim didici el apprime memoriae mandavi, interpretationibus in tuam utilitatem simul contexere, bene obfirmatus de eorum veritate.

Non enim delectabar, ut plerique, illis qui multa loquuntur, sed illis qui vera docent; neque iis qui peregrina praecepta, sed his qui mandata a Domino in fidem tradita et ab ipsa veritate (profecta) memorabant. Quod si praeterea occurret alicubi aliquis qui cum presbyteris versatus esset, sciscitabar presbyterorum dicta: quid Andreas vel quid Petrus dixerat, vel quid Philippus aut quid Thomas vel Iacobus vel quid Ioannes aut Matthaeus, aut quis alius discipulorum Domini; quaeve (vel qualia profecto) Aristion et Presbyter Ioannes discipuli Domini dicunt. Non enim reputabam tantumdem me ex libris profecturum, quantum ex viva et permanenti voce.» El blanco supremo a que aspiraba Papías era llegar a la recta inteligencia y comprensión de los oráculos del Señor para insertarlas en sus Exégesis; y a este fin hacía uso, desde luego, de libros escritos que serían el Nuevo Testamento y los que para explicarle se iban publicando por los Doctores cristianos. El uso de esa fuente está insinuado al decir Papías que «no esperaba tanto de ella cuanto de la enseñanza oral». A la lectura de los libros añadía la investigación de la enseñanza oral, porque le parecía más fructuosa; la razón era porque en la enseñanza oral, transmitida por maestros competentes, que él podía aún consultar, hallaba, como lo dice expresamente, «viva todavía y permanente» la voz evangélica (1).

Una vez en este campo, como se trataba de inteligencia lo más pura posible, trataba Papías de acercarse, cuanto le era dado, a los manantiales, poniéndose en contacto, si estaba en su mano, con los que habían sido discípulos inmediatos del Señor: ésta era su aspiración primaria, pues dice «se deleitaba en aquéllos que de la verdad misma habían escuchado sus mandatos». Si en ellos se deleitaba, es claro que

(1) A primera vista llama la atención esa preferencia que Papías da a la enseñanza oral sobre cualesquiera escritos, a lo que parece, aun canónicos; pero tratándose de máximas o apotegmas y discursos del Señor, se comprende ese interés y preferencia en la época de Papías: viviendo todavía discípulos inmediatos de los Apóstoles en gran número y aun algunos del mismo Jesucristo, no es maravilla se estimase tanto escuchar sus instrucciones; éstos, mejor que cualesquiera libros, podían explanar los oráculos del Señor aclarando dudas y resolviendo dificultades sobre su verdadero sentido: venían a ser como una continuación todavía vigorosa y entera de la voz de Cristo. No parece se trataba exclusivamente de oráculos del Señor que no hubieran pasado a redacción escrita; el nombre de «oráculos del Señor» lo emplea también Papías para significar las máximas de Jesús, transmitidas por San Mateo en su Evangelio.

a ellos personalmente había de dirigirse ante todo, si le era dado abordarlos. ¿Los halló? A primera vista parece que no, y que hubo de contentarse con lo que de ellos le transmitían aquellos que habían seguido a los siete Apóstoles que nombraba, y a algunos otros que podían equipararse a los Apóstoles en su calidad de discípulos inmediatos de Jesús. Pero un análisis más atento del pasaje persuade que Papías debió alcanzar contacto personal con discípulos inmediatos del Señor, que, naturalmente, habían de ser ya pocos, muy pocos, pues los más, indudablemente, habían desaparecido. Si Papías no trató directa e inmediatamente con algunos discípulos inmediatos del Señor, ¿a qué viene a reducirse «su deleite con los que habían escuchado de labios de la verdad misma» sus oráculos? Al deleite en sus declaraciones transmitidas por familiares suyos; pero este deleite no era en sus personas y trato, que sin embargo Papías presenta como accesible todavía. Y en efecto, cuando pasa a estos informes de familiares de los Apóstoles, abre la descripción empleando la partícula *καὶ* que no es pleonástica ni simplemente continuativa, sino copulativa: «*praeterea*», y que indica en esos informes un aditamento a entrevistas con discípulos inmediatos del Señor con quienes contaba; y podían ser Aristión y Juan. De hecho, además de llamarlos expresamente «discípulos del Señor», epíteto que los distingue de los familiares de los Apóstoles, de quienes acaba de hablar, y a quienes no da ese título, insinuando con esta diferencia de tratamiento la de categoría; presenta sus enseñanzas como de la misma línea, plano, nivel (cuales son.... del género de.... las que proponen Aristión y Juan) con las recibidas como de siete confidentes de Cristo. La única diferencia está en que mientras las de los siete se proponen como pasadas y remotas, las de Aristión y Juan son presentes en lugar y tiempo (*dixit Petrus, Andreas, Thomas.... dicunt Aristión y Juan*). Adviértase que el sujeto de *εἴποντες* son los siete, no sus familiares: en consecuencia, los testimonios o noticias sobre los oráculos del Señor que dan Aristión y Juan se equiparán con las que dan los siete, y sus personas con las de estos Apóstoles. Además, también el término buscado por Papías en una y otra información es idéntico: «palabras o enseñanzas de oyentes del Señor». Por fin, a Juan aplica Papías el epíteto de «Presbítero», título con que designa Papías a los siete en todo el pasaje: Juan, por consiguiente, es discípulo del Señor, no como quiera, sino inmediato.

El testimonio de Papías sobre San Mateo y San Marcos, según eso,

fué recibido por el Obispo de Hierápolis de labios de un discípulo inmediato, no ya de los Apóstoles, sino del mismo Jesús. La razón de no nombrar Papías en la primera lista más que a siete Apóstoles es, indudablemente, porque de hecho le fué dado encontrarse algunas veces con discípulos de esos siete Apóstoles, y no de los cinco restantes. Papías da cuenta históricamente de las diligencias que pudo realizar para recoger su tesoro de tradiciones: si se tratara de encuentros eventuales o indefinidos, no habría por qué citar nombres propios o detenerse en ese número.

Pero si esto es así, esto es, si Juan es, en efecto, un discípulo inmediato de Jesús, resulta o que Jesús tuvo dos discípulos inmediatos del mismo nombre: el hijo del Zebedeo (el cuarto Evangelista) y Juan el Presbítero; o que Juan el Presbítero no es otro que Juan el Apóstol. Dos Juanes discípulos inmediatos de Jesús son cosa inaudita; y si el Juan de las dos listas de Papías es el mismo, ¿cómo no dió señal alguna de su identidad, antes bien insinúa que son distintos al colocarlos en diversa lista, al llamar al segundo «Juan el Presbítero», al contraponerlos como muerto y en vida?

Sin embargo, tampoco la identidad de persona designada con el nombre de Juan en ambas series envuelve dificultad seria. La existencia de Juan el Presbítero en Asia, distinto de Juan el Apóstol, es desconocida en la historia eclesiástica anterior a Eusebio, quien fué el primero que pretendió descubrirla consignada en nuestro pasaje, entendido hasta entonces por todos de un solo Juan, el Apóstol, de quien consta con la certidumbre histórica deseable haber vivido y muerto en Éfeso, metrópoli eclesiástica de aquella provincia ya desde la primera predicación del Evangelio en la región del Asia. Así lo testifica Ireneo, discípulo de Policarpo, a quien había oído haber sido a su vez allí mismo discípulo de «Juan, el que en la cena se había reclinado sobre el pecho de Jesús» y por quien había sido también constituido Obispo de Esmirna (1). La identidad del personaje está confirmada no sólo porque Ireneo afirma expresamente que «Papías, camarada de Policarpo, varón

(1) *Contr. haer.* 2,22; 3,1.3; *ad Flor.* Habiendo nacido Policarpo lo más tarde el año 69, como San Juan alcanzó el reinado de Trajano (98-117), Policarpo podía muy bien contar treinta años antes de la muerte del Apóstol, y así no hay dificultad en que fuera consagrado por San Juan.

antiguo», fué «oyente del Apóstol», sino por insinuaciones manifiestas del texto mismo de Papías, sobre todo por el epíteto honorífico y antonomástico de «el Presbítero» que le da, siendo así que no se lo da a Aristión, discípulo inmediato de Jesús, como hemos visto, a pesar de nombrarlos juntos. ¿Por qué esa diferencia tratándose de dos discípulos igualmente inmediatos de Jesucristo, y fuentes igualmente supremas también de información para Papías en sus investigaciones sobre los oráculos del Señor? Porque Papías reserva en este pasaje el título de «Presbítero» a solos los Apóstoles, y Aristión no lo era, mientras lo era por el contrario Juan. Papías distingue entre simples discípulos, aun inmediatos, de Jesús y «Apóstoles». A éstos llama «Presbíteros» y «Discípulos»; a Aristión y alguno o algunos que no nombra, pero que seguramente trató, como lo expresa el miembro *καὶ τις ἔτερος.....* los llama, sí, discípulos y los entiende inmediatos, pues los suma con los Apóstoles en razón de testigos supremos de los oráculos del Señor, pero no los llama «Presbíteros» como a Pedro, Tomás, Santiago..... No es casual, sino intencionada la denominación simplemente de «discípulos» *μαθηταί* en aquel miembro adicional. Papías quiere incluir otros «discípulos inmediatos», pero no Apóstoles. A Aristión no da Papías el calificativo de Presbítero ni en la segunda lista, ni en el miembro adicional, ni cuando cita los testimonios de ambos sobre Mateo y Marcos. La diferencia de tiempo y lugar significadas en los verbos *εἶπεν*, *λέγουσιν* bastan para explicar satisfactoriamente la repetición del nombre de Juan en las dos series de discípulos inmediatos del Señor, aunque la persona sea idéntica. Como San Juan en su larguísima vida pasó muchos años en Palestina (cf. Gal. 2,9) y tal vez también en otras regiones distintas de la provincia de Asia, y después muchos igualmente en ésta, pudo suceder muy bien, y sucedió, sin duda, que Papías, en su afán de recoger informaciones de los Presbíteros o Apóstoles sobre los oráculos del Señor, no contento con lo que oía en Asia de boca de San Juan en sus últimos años, quisiera del mismo modo conocer lo que había también enseñado antes en otras regiones; estas últimas informaciones era natural las tomase Papías de aquellos que en la época dicha habían escuchado al Santo Apóstol. Se dirá que bien podía Papías rogar a Juan expusiera por sí mismo lo que antes había enseñado; pero ni la edad del Apóstol y la reverencia a su persona y ocupaciones permitían a Papías acercarse al anciano de continuo, ni éste y Papías, aunque en Asia, estuvieron siempre juntos. Se replicará

que las instrucciones de Juan sobre los oráculos del Señor habían de ser muy semejantes en Asia y fuera de ella. Muchas, indudablemente, así serían, pero no todas; porque el ambiente y las necesidades a que era preciso acudir podían ser y eran muy diversas, dando lugar a discursos muy varios sobre su explicación por los Apóstoles; y el Evangelio y discursos del Señor de suficiente amplitud y fecundidad para suministrar a un Apóstol materia muy copiosa y varia de instrucciones.

Se dirá: ¿y cómo Eusebio, conocedor, cual ninguno, de la antigüedad eclesiástica, pudo introducir un Juan que la historia desconocía? Porque Eusebio quería y necesitaba buscar un «Juan Presbítero» distinto del Apóstol para autor del Apocalipsis (Apoc. 1,4) que Dionisio de Alejandría, a cuyo parecer se inclinaba Eusebio, negaba ser del Apóstol y pertenecer al canon por sus ideas milenaristas y estilo tan diverso del del cuarto Evangelio. Y como en las Epístolas segunda y tercera de Juan hallaba un «Juan Presbítero» de la época apostólica y en el texto de Papías la anfibología del doble homónimo de aquel nombre, creóse ese Juan el Presbítero que le permitía una salida a su embarazo. Pero no sólo Ireneo, sino ya Justino habían atribuido el Apocalipsis y las dos Epístolas al Evangelista.

#### 6. — *Crisis de las teorías: el estado de la cuestión.*

Expuestas ya las teorías, y tratándose de hacer una elección acertada entre las que ofrecen más garantías de aceptabilidad, la opción apenas puede versar sino sobre dos de las teorías expuestas: la tradición oral y la de las dos fuentes, porque todas las demás, sin exceptuar la de la mutua dependencia, o no encuentran o apenas encuentran eco entre los eruditos contemporáneos. En cambio, la teoría de la tradición oral tiene entre los católicos grande aceptación, y la de las dos fuentes, fuera de ser casi exclusiva entre los protestantes, es mirada con simpatía por algunos católicos, no sólo antes, sino aun después de las declaraciones de la Comisión bíblica en 1912 (26 de junio: cf. etiam el Decreto sobre Mt 19 de junio de 1911. Entre otros, reconoce éstos y otros decretos Merk Comp. Intr. Cornely, 1009-1012).

Pero importa determinar el punto de que se trata y escoger un terreno o punto de vista acertado para una solución sólida y satisfactoria. ¿Cuál es, ante todo, el punto preciso de que se trata en esta cuestión? a) no versa en modo alguno sobre si los Sinópticos pudieron te-

ner o tuvieron noticia de escritos más antiguos acerca de historia evangélica: San Lucas, en su Prólogo, deja este punto fuera de duda, y lo que ya la cronología y el mutuo comercio entre las diferentes iglesias sugieren (el más antiguo de los Evangelios canónicos no se escribía antes del año 41, época en que no era extraño se hubieran ya hecho ensayos, cuando menos de breves memorias), lo demuestra dicho Prólogo manifestando que el tercer Evangelista tuvo noticia, cuando menos, de Mt y Mc, por ser imposible no los contase entre los πόλλοι que le habían precedido en escribir historia evangélica. Ni sólo tuvo noticia de esos escritores, sino que los tuvo en cuenta en la composición del Evangelio, según lo insinúan las palabras: ἀνωθεν πᾶσιν ἀκριβῶς καθεξῆς παραχολουθηκότι «habiendo seguido con diligencia todos los acontecimientos por orden desde los principios». Con estas expresiones Lucas, al mismo tiempo que insinúa en sus predecesores cierta deficiencia en plenitud y orden de información, parece prometer de su parte algo de más completo en esa línea para su libro, y, efectivamente, en uno y otro punto completa Lucas a Mt y Mc (1). De aquí es *b)* que tampoco puede negarse en Lucas toda dependencia de Mt y Mc, en el sentido, al menos, de haber añadido a sabiendas en su escrito cosas que no hallaba en ellos. Y todo lo que hasta aquí hemos dicho respecto de Lc con relación a Mt y Mc, puede decirse de este último con respecto al arameo de San Mateo; también San Marcos pudo admitir algún material que sabía no hallarse en su predecesor. Más aún: *c)* no hay dificultad en que el traductor griego de San Mateo, como más reciente que Mc (2), tomase de éste ciertas expresio-

(1) Con respecto a Mt haciendo subir la historia de la Encarnación hasta el anuncio de ésta y el del nacimiento del Precursor; con respecto a Mc con la historia de la infancia en general. No es, empero, la mente de San Lucas reprender a Mc y Mt; pudo suceder que los fieles, o algunos de ellos, poseedores del primero y segundo Evangelio, mostrasen deseos de tener por escrito la historia todavía más completa de la infancia del Salvador que no hallaban en Mt y Mc; y San Lucas se prestó consultando a la Virgen y también a otros testigos, pues pudo hacerlo, cuando menos, durante su detención en Jerusalén o Palestina mientras el cautiverio palestinense del Apóstol. (Cf. Act. 21,15-17; 27,1.)

(2) El Evangelio de San Marcos se escribía, según refiere Eusebio (H E II, 15 y VI, 25), a raíz de la primera predicación de San Pedro en Roma, a los principios de Claudio, y así no es extraño que todavía no estuviera traducido al griego el primer Evangelio, que acababa de aparecer en arameo.

nes. Pero nada de cuanto hasta aquí queda dicho sobre las relaciones de los Sinópticos a otros documentos, se opone a la autonomía que el testimonio histórico y el Prólogo de Lucas reclaman para los Evangelistas sinópticos. La dependencia que de documentos canónicos o extracanónicos establece en los Sinópticos la teoría de las dos fuentes, es muy diversa: es una dependencia servil y mecánica de copia o semicopia, de simple compilación o semicompileación en grande escala; ésta es la dependencia que no admiten los que recusan la teoría de las dos fuentes, con el orden cronológico (Mc Mt Lc) que esa dependencia supondría, porque, en efecto, semejante dependencia está formalmente excluida por el testimonio histórico. *d)* También es de no pequeña importancia para el planteo y solución recta del problema llamar la atención sobre el género de pruebas que han de presentarse. El problema es propia y netamente «histórico»: ¿*Emplearon, o no*, los Sinópticos tales fuentes al escribir los Evangelios? No se trata de presentar un proceso verosímil que «pudieran haber seguido» al escribirlos, de modo que resultaran cuales en efecto resultaron; si de sólo eso se tratara, es claro que no sería imposible señalar varias vías al efecto que orillaran las dificultades y dieran soluciones verosímiles. Pero siendo nuestro problema el de si de hecho emplearon o no tales fuentes, la solución debe buscarse, ante todo, consultando los testimonios sobre el origen concreto de los Evangelios: en cuestiones de hecho las hipótesis vienen, a lo más, en segunda línea y cuando faltan los fundamentos históricos; en el orden histórico y experimental la teoría o hipótesis es una «subrogación», una «sustitución» o suplemento a las pruebas de hecho que faltan. Las teorías o hipótesis pueden, a lo más, presentar en ese orden una «probabilidad» o «verosimilitud», una «presunción», que se deshace desde el momento en que comparecen en contrario pruebas suficientes de experiencia. Los mismos defensores de la teoría de las fuentes reconocen, al menos implícitamente, la justicia de tales observaciones, pues se esfuerzan por dar una explicación a los testimonios históricos que les son contrarios (1).

---

(1) Por eso es abiertamente equivocado el procedimiento de Allen, cuando como «primera refutación» del testimonio histórico (Papias, Ireneo, Orígenes, Eusebio) alega el argumento de análisis interno del libro, según el cual, dice, su origen no fué sino el de una compilación o acumulación compilatoria de materiales de varias proce-

*7. — Examen de los fundamentos de la teoría de las dos fuentes.*

Examinemos a la luz de esos axiomas los fundamentos que en su favor presenta cada una de las dos teorías que pretenden resolver el problema. Empezando por la de las dos fuentes, los fundamentos históricos favorecen poco a esta teoría, y más bien tienden a enflaquecerla de tal suerte, que sólo en el caso de que otras pruebas presentadas en su favor fuesen perentorias hasta el punto de anular o hacer vacilar los testimonios históricos, podría o imponerse a las demás o aspirar a igualarse con ellas (1). ¿Pero son tales esas pruebas? No. Sin embargo, como se presentan con inusitado apárate de crítica, y pretendiendo su plantar al testimonio histórico, vamos a examinarlas más de cerca para que su valor aparezca tal cual en realidad es. La primera, general, que sin la admisión de documentos escritos precanónicos no pueden explicarse las semejanzas y desemejanzas que el contenido sinóptico ofrece, es de escasa eficacia. Ante todo, las semejanzas se exageran, y se atenuan las desemejanzas. Es fácil reconocer que una vez adoptado por los Evangelistas el ministerio galilaico como cuadro al que circunscriben su relato, todos y cada uno de los rasgos con que se describe la historia vienen a resultar, si no una necesidad, una consecuencia muy natural. Es cierto que si se toma en abstracto «el conjunto de hechos en la vida y milagros del Señor», las semejanzas entre los tres Sinópticos se nos presentan como efecto de un artificio estudiado de composición; pero desde el momento en que se trata del ministerio galilaico, el problema se presenta perfectamente explicable, sin recurrir a fuentes

---

dencias sobre el fondo del Evangelio de Marcos. (The international Crit. Comm. S. Matthew, LXXIX-LXXX). Semejante procedimiento es una perversión del orden natural; sólo cuando las pruebas de orden histórico con sospechosas, vale la «apelación» al análisis como prueba directa.

(1) En absoluto, claro es que en cuestiones históricas pueden presentarse testimonios que examinados resultan insuficientes: y esto podría suceder en nuestro caso, hablando en abstracto; pero ni puede presumirse esto *a priori*, ni se verifica de hecho. Los testimonios son antiquísimos y dan principio casi en la época misma en que se escribían los Evangelios; los testigos son superiores a toda excepción: dan cuenta del origen de los Evangelios precisamente con la mira de informar a los fieles sobre el valor de las narraciones evangélicas: ¿qué fundamento hay para mirarlos con prevencción?

que la historia desconoce, con sólo atender a la duración no larga (de unos dos años y medio) de ministerio cual fué la evangelización galilea del Señor. Si se tratase de una predicación de muchos años, como, v. gr., la de Isaías, podría causar grande extrañeza la reducida selección que aparece en los Sinópticos de tan corto número de hechos y de milagros entre tan grande copia de ellos «tan diversos entre sí», sin que precedieran ensayos previos que, por decirlo así, prepararan el desmonte de selva tan dilatada y espesa como ofrecería en tal hipótesis la tradición oral: ¿cómo la primera tentativa pudo dar por resultado un tan exiguo ramillete de discursos y milagros? Pero tratándose de un período relativamente breve, no se ve gran motivo de asombro. No es menor la exageración en la sorpresa por la semejanza y orden. Claro es que los hechos, los milagros, los razonamientos de gran relieve no podían ser muchos en tan breve tiempo, y así tampoco la diferencia ni el campo de elección de los Sinópticos, supuesta la circunscripción a Galilea. Ni, finalmente, en el orden y disposición podían diferir gran cosa; y más bien las divergencias que salpican la monotonía general son tales y de tal naturaleza, que difícilmente podrían ser mayores.

Alguna mayor dificultad ofrece la restricción misma a la predicación galilea. Pero si se atiende a que la diversidad de teatro y público que Galilea con sus muchedumbres sencillas, y Jerusalén con sus Doctores, presentaban al ministerio de Jesús, reclamando en su predicación tonos muy diversos, como aparece de hecho en los Sinópticos y el cuarto Evangelio; y a que la catequesis apostólica a catecúmenos y neófitos del pueblo había, naturalmente, de adaptarse más a la sencillez de Galilea que a la elevada de Jerusalén, tampoco puede sorprender que los primeros Evangelistas adoptasen el tipo galileo. Por estas razones, Holtzmann sobre todo, aparece muy afectado en sus apreciaciones al proponer el problema (1).

Vengamos a las pruebas especiales con respecto a las fuentes de-

(1) Debe tenerse muy en cuenta la diferencia de data crónológica y situación del público a que se dirigen en sus respectivos Evangelios los Sinópticos y San Juan. Los Sinópticos escribían en los primeros decenios de la fe cristiana, cuando acababa de disfundirse la primera predicación oral apostólica y no se habían levantado en el seno mismo de los fieles errores y sectarios sutiles; y los Evangelistas se dirigían a la masa general de los fieles. El cuarto Evangelio, en cambio, se escribía ya en el sexto o séptimo decenio de existencia del cristianismo, cuando en ciertas regiones, por el

terminadas Mc y Q. Y por lo que toca a Marcos, los argumentos de Wernle y Wellhausen son ineficaces, porque les falta corrección dialéctica. 1.º Pudiendo suceder, y siendo de hecho indudable que Mc mismo es en su argumento derivación de otra fuente, ¿por qué lo que con Mc tienen de común Mt y Lc no pudieron todos tres tomarlo de esa fuente, con independencia mutua entre sí, cuando el testimonio histórico nos dice que en efecto Mt y Lc no dependieron de Mc en las proporciones y forma que establece la teoría de las dos fuentes? 2.º Segundo lo hemos visto en la argumentación de Wernle y Wellhausen, Mt y Lc, tomando en sus manos a Mc para servirse de él como fuente, hacen de tiempo en tiempo a su texto adiciones por cuenta propia, pero adiciones que, según la teoría, consistirían sólo en pegaduras simplemente mecánicas y fragmentarias al texto de Marcos para volver de nuevo a él una vez terminado el complemento, y repitiéndose otra y otra vez la pegadura bajo la misma ley de aditamento y regreso al cauce o fondo. Semejante concepción es inconciliable con la composición de Mt y Lc. Mt, en efecto, presenta una admirable unidad de concepción perfectamente definida, que procede de un plan ideado primero y luego llevado a término mediante la disposición armónica del argumento por sus partes. Ya estas reflexiones demuestran la composición de Mt incompatible con la dependencia mecánica de Mc: no era posible atender a la disposición artística conservando intacto en materia y orden el conjunto del modelo. Y, en efecto, consideremos más de cerca el mecanismo del primer Evangelio. Ya el exceso que su contenido hace al de Mc es muy notable, tanto en los razonamientos como en la historia: para demostrar el primer miembro basta traer a la memoria la sección 5-7 con su material de doctrina tan abundante como escogido, y del cual en Mc apenas se descubre un ligero vestigio. Pero no es menos manifiesto el segundo: recuérdense, además de la historia de la infancia, omitida en absoluto por Mc, las copiosas adiciones de las tentaciones (1), el domicilio en Capharnaum, las declaraciones del Bautista en la cárcel, las conminaciones

---

contacto de un ambiente más culto y pervertido, empezaban a pulular dificultades contra los puntos más delicados: la divinidad de Jesús, la Trinidad, etc. Por eso San Juan se vió precisado a tratar temas más altos.

(1) La historia de las tentaciones en Mc se reduce a «un verso», 1,13; mientras en Mt comprende «once» (4,1-11).

a las ciudades, el episodio del «estater», el del escándalo, etc. La impresión que el lector experimenta ante esta profusión es la de hallarse enfrente de un escritor abundantemente provisto de materiales para el desempeño airoso de su empresa y con dominio perfecto de su argumento para disponerlo a su arbitrio; y sería cosa completamente innatural suponer o que el autor no dispuso por su parte y como propio sino del material que interpoló al de Mc, o que, disponiendo también del que hallaba en Mc, se limitase a una simple labor de interpolación fragmentaria.

Y, en efecto, en cuanto a la disposición del material, la dependencia de Mc que la teoría atribuye a Mt no sólo no ayudaría a éste en su composición, sino que leería de embarazo. La distribución sistemática de las secciones donde Jesús es propuesto como Legislador, como Taumaturgo, como diseñador y fundador del imperio mesiánico con su jerarquía, es absolutamente incompatible con la dependencia mecánica de Mc por simples pegaduras fragmentarias. La disposición de Mt exige la acumulación de material homogéneo para cada una de las secciones dichas, recogido de la vida entera de Jesús; esta disposición dissolve el orden de sucesión, al que se ajusta al segundo Evangelio, y hace, por lo mismo, imposible la dependencia mecánica de composición entre Mc y Mt (1).

Por lo que hace, finalmente, a Lc, su independencia de Marcos y la

(1) El ningún vestigio de dependencia en San Mateo respecto de Mc y la completa autonomía del primer Evangelista, se hace patente con un somero análisis del primer Evangelio. Los Padres nos lo aseguran y el análisis del texto lo confirma, que San Mateo se propuso demostrar cómo Jesús era el verdadero Mesías. Por eso da principio por la genealogía, concepción, nacimiento e infancia del Señor, comprobando cada sección con los vaticinios respectivos, pues cada uno de esos rasgos estaba puntualmente predicho. Pasa luego a la vida pública, y haciendo preceder el bautismo, el desierto, el testimonio del Bautista; después de un breve sumario de la predicación (3,1-4,12) desenveluelve sistemáticamente por la vida pública su tema demostrando por partes, mediante la agrupación conveniente de materia y confirmación por vaticinios, los grandes atributos del Mesías, como son: el de Doctor y Legislador (5,1-7,28); Taumaturgo (8,1-9,24); Fundador del reino mesiánico (9,29-14,12); añadiendo la constitución jerárquica como base de la fe sobre su divinidad (14,13-20,28), y siguiendo la pasión con la resurrección, atributos del Mesías paciente y triunfador (26-28). Cierto, una disposición tan perfectamente orgánica nada tiene que ver con el resultado mecánico Mt = Mc + Logia.

autonomía que guió su composición nos consta por su propio testimonio: basta leer su Prólogo al Evangelio para probarlo. Lc, en efecto, nos dice en el Prólogo tres cosas: 1.<sup>a</sup>, que la fuente por él seguida fué la tradición oral; 2.<sup>a</sup>, que este material en toda su amplitud, hasta su primer origen, fué sometido por él a diligente comprobación y orden; 3.<sup>a</sup>, que dió a su conjunto una disposición especial y propia. No es difícil reconocer que semejantes cánones no se concilian con la dependencia mecánica respecto de Marcos que la teoría de las dos fuentes quiere atribuirle. Ni los cánones sentados en el Prólogo por Lc quedaron en simple propósito: la serie del libro denuncia su ejecución puntual. Lucas, en primer lugar, añade al material de los otros dos Sinópticos, lo mismo en la doctrina que en los hechos de la historia del Señor, una contribución tan rica como escogida. En segundo, por lo que toca al orden, mientras el material paralelo al de los otros dos en el ministerio galilaico, al menos bajo la forma de tal y retenida la continuidad de ese teatro, se termina en 9,51, nos hallamos todavía antes de la pasión, no menos de casi nueve capítulos (9,51-18,4), esto es, un material casi duplo del correspondiente a la predicación en Galilea (4,14-9,50). Por fin, mientras San Marcos remite la visita a Nazaret al cap. 6, esto es (teniendo en cuenta que Mc omite la historia de la infancia y sólo comprende 16 capítulos), a un tiempo en que el ministerio en Galilea declina decididamente hacia su término, Lc hace del episodio nazareno la inauguración de ese ministerio. Ciertamente, los principios establecidos por Lucas como norma de la composición de su Evangelio, y la ejecución de ésta en materiales y orden, no son nada a propósito para confirmar la dependencia mecánica de Lc con respecto a Mc que el enunciado de la teoría y la aplicación, que sus principales representantes, v. gr., Wernle y Wellhausen hacen de su ejecución, reclamaría.

Análogos razonamientos pueden hacerse con respecto a Q; pero de esta fuente hablaremos con más particularidad en lo sucesivo.

#### 8. — *La autonomía de Mt y Lc ante la teoría documentaria y la de la tradición oral.*

Pero en el análisis de las teorías documentaria y tradicional, merece estudio particular y más detenido la índole de las relaciones que cada una de ellas establece entre los Evangelistas y sus fuentes en la

redacción de los Evangelios. Fuera de que en la teoría documentaria queda por tierra el orden cronológico establecido por el testimonio unánime de la antigüedad (Mt Mc Lc), orden en el cual queda destruída en su base la dependencia de Mt respecto de Mc, haciéndola imposible; la índole misma de la dependencia, examinada en sí, es incompatible con el tenor de los Evangelios. En la concepción documentaria, las relaciones de Mt y Lc con Mc son absolutamente mecánicas: trátase solamente de interpolaciones o adiciones por simple suspensión del texto evangélico primitivo, para dar lugar a secciones propias que Mt y Lc juzgan oportuno entremezclar en él, pero a condición de volver de nuevo, una vez terminada la adición, al texto fundamental y en el punto preciso donde fué interrumpido; de suerte que, como las interpolaciones se hacen de un modo parecido en uno y otro adicionador, deducidas aquéllas en uno y otro, tendremos: Mt — adic = Mc; Lc — adic = Mc. Así lo establece Wernle en términos expresos. «El orden cronológico, dice, del Evangelio más breve es en conjunto, ciertamente, el mismo que el de los más largos. Lucas, es verdad, ha interrumpido dos veces el hilo de Mc mediante la interpolación reiterada de materia propia (Lc 6,20-8,3 y Lc 9,51-18,4); no obstante, si se hace abstracción de esas interpolaciones, vuelve a aparecer el orden de Mc» (1). «En cuanto a Mt sigue a Mc de forma que, donde encuentra en su texto un lugar oportuno, allí intercala sus relatos propios, sobre todo los oráculos» (2). Es decir, que deducidas de Mt y Lc las adiciones interpoladas de cada uno de ellos a Mc, quedan uno y otro reducidos en contenido y orden a Mc. De esta concepción se deriva espontáneamente esta doble consecuencia: 1.<sup>a</sup>, que Lc y Mt tuvieron constantemente ante sus ojos el Evangelio de Marcos para seguir automáticamente su orden, de manera que en este punto no tuvieron pensamiento personal; 2.<sup>a</sup>, que hecha la sustracción de las adiciones propias, tendremos Mt = Lc = Mc: ¿son verdaderas tales aserciones? No; el orden que un lector medianamente atento descubre en San Mateo, denuncia un autor que dispone de copioso material para sus relatos, domina soberanamente su argumento y lo desenvuelve con arreglo a un plan propio bien concebido y perfectamente ejecutado, como

(1) WERNLE, *Die Quellen des Leben Jesu*, 36.

(2) *Ibid.*, 37.

ya lo expusimos. Estas condiciones excluyen en absoluto la sujeción servil a Marcos que la teoría documentaria supone. Para explicar esta sujeción, aunque no sea sino con respecto al orden, sería preciso o que Marcos hubiera concebido un plan parecido por distribución de miembros análogos, aunque de dimensiones más reducidas; o (lo que en realidad viene a ser lo mismo) que la disposición hallada ya en Marcos por Mateo coincidiera sustancialmente, aunque en forma reducida, con la que Mateo por su cuenta había concebido. Ambas suposiciones, empero, son inexactas, y el análisis de uno y otro Evangelio hace ver, en efecto, que no existe tal coincidencia de argumento. Es verdad que Wernle admite «variedad» de argumento o materia en las interpolaciones de Mt «que tiene por tema, dice, los oráculos y apotegmas del Señor»; pero esta adición no basta para explicar satisfactoriamente la diferencia en el tenor de ambos. Para que subsistiera la tesis de Wernle, sería preciso que las adiciones de Mt y Lc a Mc representaran simples hiatos en el texto de éste; pero tal representación es una quimera. El tercer miembro, v. gr., de Mt, esto es, la sección donde presenta a Jesús como fundador y organizador del imperio mesiánico, está desenvuelto con material en gran parte común con Mt y Lc, v. gr., la confesión de San Pedro y otras períopes; pero además de que en este mismo orden Mt añade episodios que no se leen en Mc, v. gr., Mt 18,15-18 (complemento de la organización de la Jerarquía por prepósitos inferiores al supremo, Pedro), las circunstancias de cada pasaje y su conformación bajo el plan de Mateo hacen imposible la atención servil a Mc en la redacción; Mateo no podía atender simultáneamente a esa conformación que su plan le imponía y al encadenamiento mecánico de conformidad con Mc. Lo que se dice del tercer miembro puede decirse del miembro «Cristo Taumaturgo», que también toma materia común, v. gr., la multiplicación de los panes, el paralítico suspendido por el tejado, etc. (1).

Con respecto a Lc, su Prólogo nos dispensa de todo otro análisis: en el Prólogo, como ya quedó suficientemente expuesto, nos pone delante las normas que siguió en su composición: esas normas son

---

(1) No sin gran razón llama la Iglesia «magníficas» las enseñanzas del Evangelio de San Mateo: «Cuius magnificis praedicationibus eruditur» (Ecclesia). En la secreta de la Misa de San Mateo.

incompatibles con la sujeción servil a Mc en la forma que la establece la teoría documentaria.

Veamos las relaciones que establece entre los Evangelios y sus fuentes la teoría de la tradición oral. Fundada en el testimonio histórico y en el análisis de los textos, da por sentado: 1.<sup>o</sup>, que Lc y Mt son perfectamente autónomos en la composición de sus respectivos Evangelios; 2.<sup>o</sup>, que hecha en ellos la sustracción de aquellas secciones, que se dicen propias suyas por contraposición al material común con Mc, el resto no coincide con éste ni en contenido ni en orden.

Las pruebas han sido ya expuestas; y aquí sólo resta someter a examen las respuestas en contrario. Wernle ve perfectamente no ser verdad que el orden de Mt y Lc sea el mismo, aun en lo que les queda de común con Mc, deducidas las adiciones propias. Lc, precisamente en el principio de su relato del ministerio de Jesús, antepone, no sólo la prisión del Bautista, como Mt y Mc, sino su causa (3,19.20), mientras Mc la remite a mucho más adelante, explanándola con grande amplitud (Mc 6,17 sigs.); además, coloca igualmente al principio de su relato del ministerio de Jesús el episodio de Nazaret, que Mc retrasa a 6,1-6. Wernle se contenta con responder que Lc empieza por Nazaret, porque en él descubre un símbolo de la ingratitud de toda Galilea (1). Pero ni son éstos los únicos ejemplos de diversidad de orden en las mismas secciones comunes entre Lc y Mc, ni la razón del hecho destruye el hecho mismo, que es de lo que se trata. En cuanto a la sección 9,51-18,4, Wernle pretende ser en su totalidad «una adición» de Lc, y, sin embargo, es indudable que varios episodios de ella, v. gr., el altercado con los fariseos sobre los exorcismos, pertenecen al ministerio galileíco, siendo cronológicamente anteriores a 9,51: de donde se infiere que tampoco en el relato sobre este ministerio se atuvo a Mc, quien refiere, en efecto, ese episodio en el cap. 3. Dígase otro tanto de las perícopes, Lc 11,14-28; Lc 10,2-12, que Mt y Mc presentan como pertenecientes a la predicación en Galilea, antes de que Jesús saliese para la Judea el último semestre de su vida pública. Esto por lo que toca a las relaciones entre Lc y Mc.

Wernle se muestra todavía más sutil en cuanto a las relaciones entre Mt y Mc. No sólo del cap. 14 en adelante, dice, Mt sigue abso-

(1) *Quellen*, p. 36.

lutamente el mismo orden que Mc, deducidas las adiciones, sino aun en los capítulos precedentes, 5-13, con ocasión del discurso de Jesús en Mc 1,21.22 Mt intercala sus capítulos 5-7; con ocasión de los milagros Mc 1,23-2,12 Mt describe a Jesús Taumaturgo (Mt 8-9) (1). Es decir, que dos grandes secciones de Mt, a saber, 5-7, Jesús Legislador, y 8-9, Jesús Taumaturgo, que el primer Evangelista desenvuelve *sin solución de continuidad*, aplicando a Jesús, conforme a su plan, dos grandes atributos mesiánicos, son simplemente para Wernle dos interpolaciones sobre el relato de Marcos, que Mateo no pierde de vista, como fondo que no puede ni quiere dejar de seguir en su urdimbre. Y las interpolaciones son de enorme extensión, mientras el fondo intermedio está reducido a solos doce versos, que aparecen en Mt, no al principio de la sección 8-9 (Jesús Taumaturgo), como debería ser, si se atuviera a Mc, sino en el centro de la sección 8-9, [en] 9,1-9!

Semejantes explicaciones son innaturales y contrarias a todas las leyes de un razonamiento prudente y bien meditado.

LINO MURILLO

(Continuará.)

---

(1) *Quellen*, p. 37.